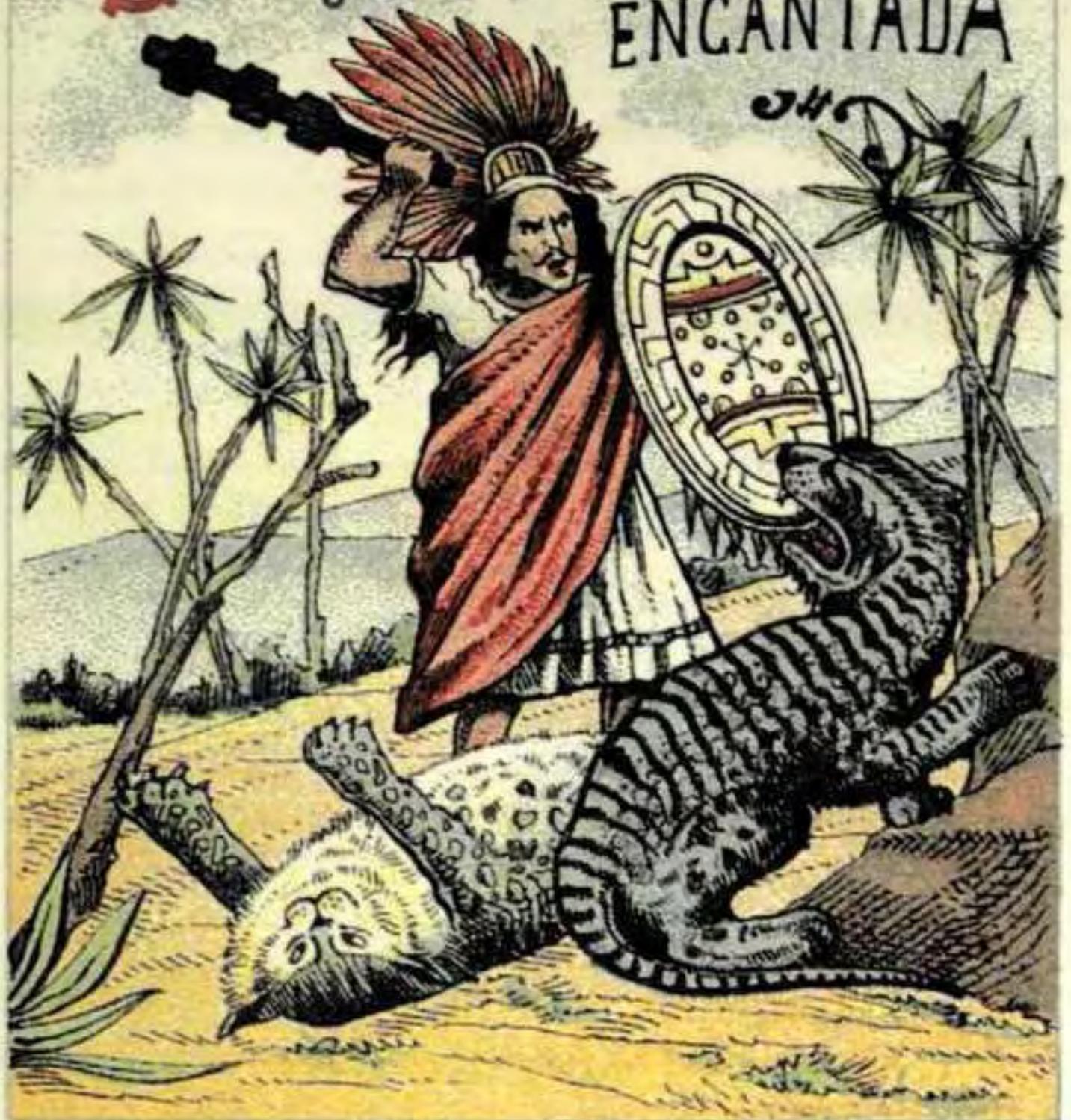


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA REINA AYACIHUALT
Ó LA CHINAMPA
ENCANTADA



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA REINA AYACIHUALT

ó

La Chinampa Encantada

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos, — Primera del Relox, 1]
1900;



La Chinampa Encantada



¡Espantosa fué la consternación que reinó en la naciente ciudad de Tenochtitlan, á la muerte de su primer rey, el invencible Aca-mapitzin, acaecida, según cuentan los geroglíficos que se conservan, allá por el año de 1396.

Ya conocen mis amables lectorcitos, la historia de las hazañas de este gran guerrero azteca; pues las he referido en la anterior leyendita, y por ella sabrán que la nación mexicana que apenas empezaba á formarse, mucho debía á su primer rey.

Por eso sintieron tanto su muerte.

Los sacerdotes se encerraron en el «teocalli,»

para conferenciar acerca de la elección del nuevo monarca que debía de regir los destinos del Anáhuach.

Los guerreros también se reunieron en el palacio de las Aguilas, para decidir entre ellos si debían de aceptar al hijo del rey, ó elegir á alguno de los más valientes caudillos.

Al fin, sacerdotes y guerreros convinieron en que sería su rey el joven Huitzilihuitl (ó sea Pluma de colibrí, pluma preciosa) quien ocupó el trono en el mismo año.

Era el más valiente de los capitanes de su tiempo en México; había heredado el valor indomable de su padre Acamapitzin, y también, como él, esgrimía la pesada y larga macana que tenía incrustados agudísimos pedernales, que herían las cabezas de los enemigos con un pulso mortal.

Grandes y suntuosas fueron las ceremonias con que solemnizaron los mexicanos la toma de posesión de su nuevo rey, noticiándolo por medio de embajadores á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba.

Vistiéronle con el manto que cubría al dios de la guerra, y sacrificaron á veinticinco prisioneros, que habían hecho en la última campaña con los xochimilcas; pero antes de que



empezara á reinar, el sacerdote mayor del gran teocalli, le dijo:

—Grande eres por tus hazañas, ¡oh! Huitzilihuitl, pero para que te respeten y te obedezcan tus súbditos, necesitas acometer una empresa tremenda: librar una campaña feroz en que demuestres tu temple, tu intrepidez y tu valor para desafiar todos los peligros y aún hasta las mismas cóleras de los dioses infernales.

Huitzilihuitl, bajando la cabeza en señal de respeto y acatamiento, ante el sacerdote, contestó:

—Estoy dispuesto, señor, á combatir hasta donde se me mande y contra los enemigos que sean; pero, ante todo, quiero tener por esposa á la princesa Ayacihualt, hija del rey de Atzeapotzalco, que ha dicho que la entregaría al valiente que pudiera llevarle, remando él sólo, á la Chinampa negra que se vé deslizarse en las noches, por las aguas del lago de Chalco.

—¡Cómol—exclamó el sacerdote, ardiendo en ira.—¿Vas á atreverte á profanar el jardín flotante que en las noches produce flores negras con pistilos luminosos, donde vaga el genio de Teotlina, la madre de los dioses, y vas tú, joven guerreño, á querer conquistar la Chinampa sagrada, para elevarla como ofrenda al rey Tezozomoc?

Contestó Huitzilihuitl:

—Precisamente, porque en esa misteriosa chinampa, está el genio de la víctima sacrificada en el teocalli de Huitzilopoxli, quiero yo, que soy rey, á ella; para que vea mi pueblo que los mismos genios que favorecen la raza azteca, me protejen.

—Pero, ¿no sabes, desdichado, que pueden devorarte los tigres negros, que defienden la chinampa augusta?

—Yo quiero batirme y vencer á los tigres; los venceré con mi macana, que me servirá también de remo, para aproximarme hasta los límites de Atzcapotzalco, en donde dejaré, al rey Tezozomoc, las pieles de los tigres negros; él, entonces, comprenderá que soy digno de que me dé por esposa á su hija Ayacihualt.

Quedó reflexionando un instante, el viejo sacerdote, hasta que al fin pronunció estas palabras:

—¡Signo de grandeza y de prosperidad será el que logres estar una noche siquiera entre chinampa negra: que el genio protector de nuestra raza te acompañe y te dé valor... ¡parte!

* * *

¿Cuál era aquella misteriosa chinampa negra, que vagaba durante la noche por la laguna? —se preguntarán mis amigos lectores, con curiosidad.

Hé aquí lo que cuenta la leyenda:

Cuando el rey Acamapitzin depositó en las

aguas silenciosas el cadáver de su amada Teotlina, sacrificada por los sacerdotes en aras de Huitzilopochtli, su hermoso cuerpo cayó sobre un sauz que en la orilla se encontraba derribado sobre la superficie del lago. El peso del cuerpo de la infeliz doncella, hizo desgajar el tronco de la rama principal, que se desprendió, formando al cadáver un fresco lecho que fué flotando á merced de las ondas, conduciendo como una barca el cadáver... Cuando el viento impulsaba al sauz hacia las isletas, en ellas recogía flores y ramos, ensanchándose más y más aquella barquilla; de la sangre que manaba del pecho de Teotlina, se formaron ramos de rojas amapolas; sus ojos se convirtieron en rosas, y algunas noches después, la embarcación no era sino un flotante jardín lleno de flores deliciosas, que exhalaban exquisitos perfumes; un jardín flotante que las ráfagas nocturnas hacían girar sobre las aguas, en giro caprichoso.

El viento, al pasar por entre el ramaje, lo estremecía, haciendo sollozar esta canción tris-tísima:

Lloren las aguas sin calma
En esta noche divina,

Por el recuerdo del alma
De la princesa Teotlina.

Sucedió que una noche, una de las princesas hija de Flor de los Lagos, cuya historia ya os he referido en otra ocasión, que había salido del palacio encantado de la Isla Verde y que había salido á pasear por la laguna en su chalupa de concha, oyó la triste canción del viento en el ramaje del sauz. Con honda tristeza se detuvo á escuchar, y como ya sabía la historia del sacrificio de Teotlina, quiso ir á visitar el jardín flotante en que se había convertido su cadáver, y se puso á remar de prisa, rumbo al punto donde se oía la canción, hasta que llegó á la chinampa, que ya se había hecho más grande, y que ya tenía pequeños arbustos cargados de flores. Desembarcó en ella para invocar el alma de Teotlina.

En efecto, pocos instantes después, escuchó una voz misteriosa y lejana, que murmuraba en lenguaje acolhua:

«Joven princesa, en nombre de lo que más ames, te suplico que cuides, de que no profanen los hombres esta chinampa; tan solo á los

que los dioses designen por reyes, podrán hollar este flotante jardín, que fué mi tumba.»

Se extinguió la voz y todo quedó en profundo silencio.

—¿Cómo podré hacer cuidar esta Isla, y quién la defenderá?—se preguntó la princesa, afligida por no poder cumplir el mandato de Teotlina; pero de pronto se acordó de que su esposo, que era un guerrero cazador, había traído de los montes del Sur, dos enormes tigres negros; pensó ella, que ellos podrían cuidar del flotante jardín, no dejando que ningún hombre se aproximase á él, porque los feroces animales tenían la piel tan dura, que las flechas más agudas se quebraban, de suerte que, de lejos, nadie podría herirlos, y de cerca eran temibles, pues su corpulencia y sus garras eran formidables.

La princesa regresó á la Isla Verde, entró al misterioso palacio en que habitaba con sus hermanas, fué y sacó á los dos terribles animales, que le obedecían fielmente, pues los

había criado desde cachorritos; los hizo entrar en una canoa grande y los condujo ella misma á la chinampa misteriosa, en donde dejó á los tigres, dándoles á entender que deberían cuidarla, no permitiendo que hombre alguno pusiese la planta en ella.

Desde esa noche los dos tigres habitaron aquel jardín, que el viento impulsaba en todas direcciones. La princesa hija de Flor de los Lagos, iba todas las noches á la chinampa llevándoles conejos que su esposo cazaba en las selvas. Una ocasión, unos xochimilcas que pescaban en la laguna, vieron sorprendidos la chinampa, y encantados de su hermosura quisieron llegar á ella, pero no bien habían puesto la planta en el florido verjel, cuando los tigres negros se precipitaron sobre ellos y los devoraron á todos.

Otra ocasión, aconteció lo mismo con unos acolhuas que vieron la chinampa desde la orilla del lago, y se precipitaron en sus canoas para llegar á ella, pero al ver los tigres, retro-

cedieron espantados, yendo á dar cuenta al rey del suceso, quien mandó cien guerreros en varias canoas para que se apoderaran de la terrible chinampa.



Se trabó una batalla espantosa entre ellos y los tigres; disparaban los guerreros sus flechas, pero éstas se embotaban en la piel de los monstruos, los que se libraban de las maca-

nas dando grandes saltos, y cayendo sobre los guerreros, los herían con sus garras, dejándoles tendidos.

Cuando pereció la mitad de ellos, el resto huyó precipitadamente en sus canoas, alejándose de la fatal chinampa.

El rey de Acolhuacan, quedó consternado al ver la fatal derrota de sus enviados.

Los reyes de Atzcapotzalco, Tacuba, Xochimilco y Chales, quisieron entre todos apoderarse de la chinampa misteriosa, y al efecto reunieron un ejército de canoas con guerreros; pero todo fué inútil, quedando derrotados de nuevo.

El rey de México, Acamapitzin, quiso también cautivarla, pero el sacerdote más anciano se lo impidió, diciéndole que era sagrada la chinampa, y que la voluntad de los dioses era de que nadie se acercara allí.

Tal era, amiguitos lectores, la historia de la terrible chinampa, que debía conquistar el joven Huitzilihuitl, para hacerse digno de la posesión de la joven princesa Ayacihualt hija del rey de Acolhuacan, para cuya empresa tan solo contaba con que los dioses le ayudarían, por la nobleza del fin que perseguía y por el vaticinio de los sacerdotes.

Huitzilihuilt, partió aquella misma noche, confiado en su victoria, sin más armas que su macana y su escudo, resuelto á vencer ó morir. Mucho tiempo tardó en recorrer toda la laguna, buscando con empeño la terrible chinampa, hasta que al fin logró encontrarla. Apenas puso el pie en ella, los dos tigres se dirigieron sobre él, pero en ese instante se oyó una voz que dijo:—«Respetadlo, que es el rey Huitzilihuilt.»—Entonces, los feroces tigres quedaron inmóviles, y él, con su macana, les aplastó el craneo á uno tras otro, yendo luego triunfante ante el rey de Acolhuacan, quien, por su hazaña, le concedió por esposa



á la princesa Ayacihualt, regresando luego á México, en donde el pueblo le recibió entre ovaciones y admiración.

Leed la divertida, moral é histórica leyenda
FLOR DE NOPAL

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci